
Un jefe salvado de las aguas

I

Pero no era un jefe entonces. Entonces, en 1943, era un poeta pederasta que no se distinguía de otros poetas pederastas, ya que había muchos en la isla. Tal vez porque quedaba bajo el Trópico de Cáncer, en plena zona tórrida, tierras y mares que, como dice en *La sexualidad maldita* Martin de Lucenan, sexólogo de moda entonces, «predisponen al más desafortado temperamento sexual».

Este poeta pederasta vivía con otro poeta pederasta. Como el otro poeta era negro (le decían «el negro que tenía al verso blanco») y el primer poeta, que era blanco con manchas (padecía de vitiligo, enfermedad de la piel que parece un mal moral), detestaba la carne de color, compartían casa y comida pero no cama. Aunque por las noches, cuando se sentaban a conversar (no había televisión en esos días ni tenían radio en esas noches y los dos odiaban leer periódicos por prosaicos: vianda vulgar) sólo intercambian notas. No eran notas literarias aunque ambos aspiraban a la fama y a la historia de la literatura. Eran comparaciones de penes y medidas, Sevres sexual, y eran, en más de un sentido, narración oral.

El poeta negro era enorme y parecía un eunuco de harén como los describe Shegerezada en *Las mil y una noches*. Odiaba a la narradora árabe pero amaba sus narraciones que le permitían imaginarse como un catamito en un serrallo sexualmente activo. Le gustaba particularmente la palabra catamito porque se le parecía a un catador de mitos. Soñaba con muchachos delicados y rubios, de ojos azules que él mantenía que eran «venidos del Septentrión». Hasta que otro poeta negro que no era pederasta elogió a una mujer «de ojos septentrionales». Con este poema feliz, que llamó «Balada de los

dos abuelos», el poeta, que siempre que lo llamaban negro respondía «Negro no, mulato», se hizo famoso. Lo que era peor para el poeta negro, el poeta mulato tenía efectivamente un abuelo blanco.

Además el poeta mulato y mujeriego había logrado desde los años treinta triunfos en todas partes con su poesía llamada negra pero inventada por un poeta blanco que era, ya el colmo, nativo de Puerto Rico. Otros poetas blancos en la isla cultivaban lo que se llamó «lira negra», mientras el poeta verdaderamente negro no quería siquiera admitir el nombre negro. Su ideal era un poeta inglés de élite, protestante y antisemita, a quien llamaba Elio. «Soberbio Elio», solía decir.

El poeta mulato se hizo comunista mientras los dos poetas pederastas habían escogido el fascismo como una forma de ideología *pro forma*. Ambos soñaban con los ejércitos nazis que entraban en Moscú para violar a todas las rusas y matar a todos los rusos. Un guasón de la esquina de Concordia y Virtudes hizo su versión de la invasión. Ahora las tropas alemanas estaban comandadas por un nazi demente que mandaba a matar todas las rusas y violar a cada ruso. Según el chistoso de esquina este trueque sería más del gusto de los dos poetas aldeanos que se creían cosmopolitas en un rincón de La Habana, esa aldea cultural, como la llamaban ambos.

Fue el poeta negro que introdujo, Esquilo tropical, la tragedia al traer al héroe condenado a la casa del futuro jefe, ahora sólo un aspirante a poeta laureado que quería verse publicado en las revistas más esotéricas de América. Con el tiempo, sin embargo, se haría periodista aduciendo que los poetas también comen. Cosa curiosa, el poeta negro, que tenía ambiciones de contarse entre los poetas herméticos, también se hizo periodista y llegó a ser, ironías isleñas, director del periódico más rancio, conservador y prestigioso de Cuba y terminó de consejero consultivo del dictador de turno —que era tan mulato como el poeta comunista.

Fue bueno que ambos compañeros de cuarto supieran pronto que no tenían talento para la poesía, pero sí para las relaciones menos públicas o más públicas: el periodismo sico-fante con las prebendas más fáciles. Dejaron de escribir sone-

tos a las palomas maternas, de grabar palabras eternas en la arena y escribieron en su lugar apostillas políticas con las que hicieron una veloz carrera hacia sus respectivas metas —que eran una sola: esa sólida sinecura segura. Si algo mata más el talento que la envidia literaria es recordar el tiempo infeliz desde la gracia.

Lo que trajo a casa el poeta negro fue un muchacho nada común. Era rubio, de ojos azules y además quería escribir. Pero no componía versos sino que escribía cuentos, poemas en prosa y narraciones —todo de una gran ingenuidad. Cuando el futuro jefe se miró, literalmente, en los ojos azules del recién venido, vio el mar. El muchacho de ojos azules miró al futuro jefe pero no vio en sus ojos negros el mal sino una intensidad nueva. Se enamoraron. El poeta negro comprendió que no tenía nada que hacer sino formar un triángulo en que no hay tres catetos posibles. Como había estudiado arquitectura sabía que estaba ante un triángulo que es una figura de fuerzas inestables. Se quedó viviendo con el jefe y su efebo, pero se retiró a su cuarto —que se hizo un espacio de repetidas masturbaciones. Después de cada eyaculación, el poeta negro, como era católico, se persignaba con la misma mano con que se había masturbado. A veces iba a confesarse con un padre poeta que era su confesor. Siempre recibía la absolución. Ya el poeta negro se había ido a ejercer el puesto de redactor jefe del periódico que era el más católico —y también el más racista— de Cuba. Pero el poeta negro no veía ninguna incongruencia en su exaltación, sino que llamaba al diario el Pan del Cielo.

Mientras tanto el poeta mulato escribió un poema que parecía acentuar la ocasión: «¡Ñeque, que se vaya el ñeque!», clamaba. «¡Güije, que se vaya el güije!», declamaba. El futuro jefe aborrecía esta clase de poesía popular y no siguió leyendo cuando apareció el poema en el periódico comunista rival del otro diario. De haber siquiera leído un poco más se habría encontrado con un verso tal vez premonitorio: «Las turbias aguas son hondas y tienen muertos». Pero todo lo que hizo después esa mañana fue acariciar al adolescente íntimo.

Esa misma mañana, después de mucho tiempo de silencio, el futuro jefe escribió un soneto sobre la muerte de una joven Parca. Que no fuera original (ni siquiera el título era suyo: lo pidió prestado al poema de Paul Valery, conocido en La Habana por una traducción particularmente apropiada), no importaba. El poema sería un préstamo como forma, pero el sentimiento era conmovedor y genuino. No recordó entonces, extraño olvido, que Valery escribió también *El cementerio marino*, sobre tumbas y palomas ante el mar.

El adolescente más que delgado era delicado y altamente impresionable. Fue acariciando su cabellera rubia, en contraste con su pelo negro, que el futuro jefe concibió la idea de culminar su amor en la destrucción mutua. Aunque la idea de usar un arma de fuego no fue suya sino del joven parco. El futuro jefe quería que la muerte ocurriera en el mar en un bote, como valquirias navegando hacia Ragnarok. Morirían en el mar rumbo al horizonte en llamas al mediodía. Algo no andaba bien en la cabeza del futuro jefe que sufría no una confusión de sentimientos sino de lecturas, pero no hay duda de que por lo menos sus obsesiones (Wagner, Nietzsche) eran coherentes en su delirio. Fue de esta manera que concibió su pacto suicida. Pero fue el incoherente adolescente el único que lo llevó a cabo.

El futuro jefe le escribió (entonces no tenía teléfono) al poeta negro que su amante era «un verdadero Ganimedes». Ganimedes era el «más bello de los mortales», al que Zeus en forma de águila lo raptó y llevó consigo al cielo mitológico. El poeta negro, indiscreto, mostró la carta a la redacción entera de la revista *Nadie parecía*, a la que el mismo guasón había añadido una coetilla: «Y todos lo eran». Los poetas menores, todos católicos, se escandalizaron con la mitología. Uno de los poetas, de nombre griego, pidió la expulsión del jefe del grupo y tuvieron que explicarle que no era posible tal expulsión ya que el jefe en cierne ya no aparecía entre ellos.

Pero al poeta negro lo divertían lo que él llamaba apostillas y la divulgación de su carta injurió al futuro jefe. La indiscreción fue una forma de ruptura y fue entonces, creo, que decidió su suicidio como un acto poético: un testamento

órfico. El futuro jefe no sólo concibió su suicidio sino el suicidio de su amante de forma que no fuera un crimen. Se trataría de un suicidio sui géneris: nadie nunca había visto nada igual en La Habana.

Como von Kleitz, otro de sus escritores favoritos, adoptó una serie de nombres cariñosos que bordeaban la locura onomástica. El futuro jefe, como Kleitz, hablaba siempre de viajar juntos pero nunca iban a ninguna parte. Finalmente se las arregló para unir todos los símbolos: los ojos azules de su amante, el mar color de cielo y el viaje. Irían hacia la muerte en un bote, navegando mar afuera hasta que la corriente del Golfo fuera su Leteo: el río de la muerte. Viajarían hacia la tierra de Hamlet, esa «de la que no regresa ningún viajero». Después de esta cita y su decisión última se fue al inodoro, el más corto de los viajes.

Para el viaje más largo el futuro jefe alquiló un bote en el muelle de Caballería, como si quisiera viajar a Casablanca, no la de Marruecos sino la de ahí enfrente. Siempre autoritario, despidió al remero de turno: para este viaje no se necesitaba Caronte. Pero los que no usan sus servicios debían bogar durante un siglo en pena. El futuro jefe navegó por el canal del Morro con golpes de remo enérgicos, decidido. Luego enfiló mar afuera. Miró entonces atrás para ver a los sempiternos pescadores de ribera sentados en el muro. Después, ya en el borde del veril, donde el agua es profunda, oscura y estática, dejó de remar y el bote quedó estacionario pero no inmóvil.

Era el muchacho quien guardaba el revólver, que sacó ahora. Lo apuntó directo a la cabeza del futuro jefe, que por un momento quiso protegerse la cara con sus manos. El muchacho sonrió, sabio. Luego se llevó el revólver a la boca, la abrió y comenzó a lamer el cañón unos instantes lúbricos. El disparo apenas sonó cuando el futuro jefe gritaba: «¡No, no!». La fuerza expansiva al salir la bala por el otro extremo de la cabeza rubia produjo una insólita explosión dentro del cráneo y mientras el revólver se detuvo, su cañón dentro de la boca (que era lo único que quedaba de la cara aparte de los ojos azules amplios como el mar), la masa encefálica, las paredes

del cráneo y toda la sangre salió como un surtidor para bañar al futuro jefe que, con los ojos desorbitados y las manos en la cara, gritaba todavía «¡No! ¡No!». Pero era, claro, demasiado tarde.

Mientras el muchacho yacía ya yerto, muerto, su cuerpo, su cadáver inerte, el futuro jefe, sus brazos y sus manos llenas de sangre, dio un traspiés o dos, se enredó con el asiento travieso o con los remos y cayó hacia atrás dando tumbos para ir a parar al agua, al mar, a esa corriente del Golfo que había imaginado tibia, dulce y acogedora. Pero cuando estuvo en el agua sintió un frío de muerte y comenzó a patalear, a bracear, tratando de regresar al bote que con cada brazada suya se alejaba cada vez más. Las ondas del Piélagos acogieron el cadáver del muchacho y el bote imposible y lo dejaron solo en el mar. O en la Corriente del Golfo, el río sin retorno dentro del mar.

II

Ser corrector de pruebas no es un oficio, es una educación. Fui corrector de pruebas desde los diecisiete años, cuando recibí mi primer sueldo regular por tratar de detectar, muchas veces sin éxito, las erratas antes de que salieran impresas. Pedí esa primera vez que me pagaran no en billetes sino en pesos plata para oír el sonido alegre de las monedas en mi bolsillo. Pero tuve ocasión de frecuentar a autores que eran entonces novedosos, aunque luego se volvieron mis mentores desde la página, llamada galera para hacer de mi oficio una forma de esclavitud. Uno de los autores se llamaba Rudyard Kipling, que se hizo un favorito. Otro fue William Irish, que me enseñó con un solo cuento suyo, «Dos asesinatos, un crimen», lo que era la literatura de la venganza, ese escrito que según Maquiavelo hay que leerlo en frío. Aprendí, además, algo de la risa en la miseria, como la mostraba Gogol: *Castigat ridendo*. Frase que me sonó como un foetazo en la cara y una caricia en la voz. Fui Fortunato y Montresor a la vez y también un lema que adopté: *Nemo me impune lacessit!*

Uno de los editores de uno de los diarios en que trabajé (tal vez el más pobre) me acogió como un hijo perdido. Era un contradictorio y para probarlo comenzó por despedirme la tarde anterior, a pesar de que había demostrado entonces que podía pasar más de una prueba de galera. Me había confundido con el corrector saliente que me había dejado en su puesto sin contar con él. Pero a la hora de haberme echado a la calle mandó a buscarme a casa. Uno de los misterios de un personaje que se probaría muy misterioso era cómo había sabido dónde vivía yo. Pero tal vez no había ningún misterio, tal vez conocía el laberinto de La Habana pobre.

En todo caso fue así como, cuando apenas contaba dieciocho años pero parecía mucho menor, trabajé con este editor veterano que casi hacía el periódico él solo. Pero tenía que tener, claro, un corrector de pruebas. Como emplanador se las arreglaba para componer la primera y última planas (el resto, decía, era hacer del corazón, tripas) con sólo mirar los bloques de texto en plomo y los grabados de media línea de las fotos, todo invertido, como si necesitara leer siempre en el espejo. Pero este editor no quería espejos. Tal vez los rechazara al reproducir su cara: era uno de los hombres más feos que había visto nunca. Sea como sea, de feo a feo, de padre a hijo, me prohibió y, cuando ya había acabado mi jornada de corrector y él puesto a dormir el periódico, me invitaba siempre a presenciar cómo fabricaba la primera plana como un virtuoso con un violín y un arco.

La tarea era fascinante. Ver aquel hombre envejecido por el alcohol, de manos toscas y dedos rígidos (rigidez que él explicaba por padecer de saturnismo), verlo edificar un periódico sin otra intervención que su imaginación gráfica era presenciar un acto de magia: a la imprenta por la prestidigitación. Pero se quejaba a veces de no contar ahora con más elementos que las masas de tipos y los mediotonos de las planchas fotográficas. Antes, aseguraba, en el otro periódico nacional de gran tirada en el que trabajó por veinticinco años, todo era diferente. Pero de allí, de la primera plana bicolor que consideraba su obra maestra, donde había inventado toda la tipografía popular moderna conocida en Cuba, lo echó su hermano, al que

había traído al periódico para hacerse un columnista poderoso. Fue en una de estas jornadas de composición que me contó la extraordinaria historia, Poe en el trópico, de cómo su hermano cometió suicidio por persona interpuesta y fue salvado de las aguas por la inesperada *Raquel*, que no buscaba hijos perdidos pero encontró un naufrago entre los detritus.

—Vamos a la bodega —me dijo y por la fuerza de la narración la palabra bodega adquirió una sonoridad marina.

III

Pero me convidaba a beber. Para mi editor el ron era, como él decía, un elixir alegórico y producía extrañas combinaciones. Sus palabras se hacían parábolas y oírlo hablar —o mejor dicho, contar— era ver desfilar delante de su boca todas las figuras nacionales y algunas internacionales. ¿Cómo explicarlo? «Mi proviso», decía, «improviso» al ofrecer sus pastiches dementes. «La primera plana es soberana», aseguraba, «pero la primera dama es para jugar: vive con su cuñado el Presidente Grau, que a pesar de su nombre no es nada gris». Podía llamar al ron pelión, que bebía a pico, la Madre de Todas las Botellas. «Vamos a beber a ver», me desafiaba con un golpe de vaso vacío, «tú que eres un intelectual, ¿llamó o no llamó Rabelais divina a la botella?». Era, además de borracho, un pesimista y como todos los borrachos pesimistas era sincero. «Los optimistas son todos unos hipócritas», denunciaba. «Sólo los pesimistas decimos la verdad y la verdad es que todo siempre acaba mal.»

Aunque no lo sabía era un filósofo de la escuela epicúrea. «Es curioso», decía, «que quien desprecia el dinero aprecia a los ricos que lo único que tienen es dinero». Reconocía que el miedo era una pasión más fuerte que el amor o el odio: «El miedo es el medio».

Era independiente en extremo. «No me gusta que la gente me tenga lástima», me dijo. «Puedo tenerme lástima yo mismo mejor que nadie.»

Su vida profesional era simple y compleja a la vez. Había ideado un suplemento del *otro* periódico (como decía

acentuando la impertinencia) con fotos de mujeres semidesnudas en posiciones entonces indecentes, hoy inocentes. Su hermano puso punto final a su experiencia con cuerpos coritos y lo acusó de ser un pornógrafo a expensas de la seriedad del periódico. Le pareció una lección que no supo aprender que fuera su hermano precisamente quien lo echara del periódico. Ese periódico al que había inventado su apariencia antes de su aparición. A su hermano, un pederasta que odiaba a las mujeres y era de hecho un homicida, ahora lo llamaba Criminaldo.

Pero se llevó consigo, me aseguraba, sus fotos y dibujos de mujeres fornicando (con hombres, con mujeres, con bestias: perros, burros), las que planeaba desplegar en este periódico tan pronto como estuviera viento en popa. «Es mi archivo expiatorio», decía.

Por cierto nunca vi una sola foto de mujeres, desnudas o desvestidas, en el periódico. Pero su facilidad asombrosa para el retruécano, que llevó a los títulos de primera plana del otro periódico, lo hizo famoso. Ahora en su decadencia era todavía un maestro del juego de palabras.

Empezó a toser de una manera desgarrada. Después, como punto y aparte a su tos, me hizo otra confesión: «Estoy herido de muerte. Cirrosis no tuberculosis. Afortunadamente el médico me dijo la verdad. Un moribundo, como un marido engañado, es siempre el último en enterarse». Hizo una pausa para guiñar un ojo. «Mi médico sabrá de todo de la muerte», me dijo. «Pero no sabe nada de la vida. En la vida no hay más que lujo y lujuria.» Pensé que había mantenido el guiño demasiado tiempo, pero vi que el humo del cigarrillo que mantenía entre sus labios lo hacía cerrar su ojo izquierdo.

Luego, sirviéndose una media línea (o tal vez línea y media: no sé de medidas para el alcohol) de su botella privada en un vaso sucio, echó la cabeza hacia atrás y se bebió su trago de un trago. Le dije de estúpido que eso no era bueno para su hígado y me respondió que entonces su hígado no era bueno para él y me aseguró: «No es la muerte, es la vida que te mata». Se llenó otro vaso, hasta el borde. ¿Y de qué sirve?, le pregunté refiriéndome a la botella. «Servir y ser vil», me dijo. «Herramientas. Corrector, corrige.»

IV

Hablamos mucho, pero no puedo decir que conversáramos. Era él quien llevaba la conversación siempre: la comenzaba y la terminaba cuando se le antojaba. Un día me atreví a pedirle que me contara, íntegra, la historia de su hermano, el importante. «No hay nada íntegro en mi hermano», me dijo. «Menos que nada su vida.» Ya yo sabía quién era su hermano, que quitaba y ponía rey no sólo en su periódico sino en la vida pública de entonces. Lo hacía, esquina peligrosa, desde su columna, más bien el último rincón de la última página, que firmaba, curiosamente, con un nombre de mujer que era una inversión de sus siglas. «Cuando quieras saber algo», me dijo mi editor resabioso, «nunca preguntes a los que saben. Los sabios son siempre mentirosos» —y no dijo más.

Pero la soledad es una dudosa compañía y el editor pasaba mucho, demasiado, tiempo solo. Cosa curiosa, era yo, un muchacho, quien disipaba su soledad de sesenta años al hacer oídos a sus odios. «Mi hermano», me dijo un día, «cambió su promesa por el compromiso». Se detuvo no para recoger sus recuerdos sino para coger la botella, siempre servicial y su vaso, «le ha cogido amor al amor al», confió más al vaso al llevarlo a su boca que a mí. Pero este hombre envejecido era de una generosidad implacable, mientras que su hermano practicaba con suavidad su avidez. «Eso es soez», concluyó refiriéndose tal vez a su discurso alcohólico. No insistí en saber el secreto del hombre que pudo ser líder y, afortunadamente, no lo fue. No insistí esa vez.

V

Era la temporada violenta y resueltamente maligna ahí afuera cuando los pandilleros políticos, pistoleros todos, se mataban en calles y callejones de La Habana. Una de esas sectas soeces colgaba al cuello de sus víctimas un letrado que anun-

ciaba, *post mortem*, «la justicia tarda pero llega». Los otros, los enemigos notorios, eran, si cabe, peores. Heme aquí recorriendo esas calles canallas para encontrar refugio en la oficina del periódico, corrigiendo, corriendo sobre el texto mientras en los rincones el polvo y el plomo fabricaban rapé con un humo tóxico.

VI

Mi editor, para mí, emplanador para los otros, los que no saben, se secaba el sudor de la frente con la manga derecha de su camisa, sudada visiblemente en los sobacos y en el pecho, de obvias mangas cortas. No había otra razón para las manchas en su pecho que el calor dominante: estábamos en la zona tórrida. Ahora me llamaba a su oficina, que nunca ocupaba. Cuando entré me confió: «Mientras menos se hable de nuestra profesión, mejor». ¿Qué quería decir? ¿A qué se refería? Nunca lo supe. ¿Era un suave exabrupto en medio de la tarde atroz? El sudor de la frente le caía sobre el papel secante asombrosamente verde que adornaba su escritorio. Allí había manchas mayores que la tinta pero mucho más efímeras. Otras manchas pequeñas se unían a las más grandes y con el verde del secante formaban un archipiélago. De pronto mi editor me dijo: «¿Tú sabes lo que envidia de ti?», pero no me dio tiempo a adivinar: «Que no sudas. ¿Cómo carajo es que no sudas en este infierno?». No sé, le dije o creo que le dije. «Son los indios», me aclaró o me declaró. «Porque los negros, que vienen de África, sudan como carajo.» Asintió con la cabeza: «Son esos malditos indios. Tú y el Cucalambé no sudan». Pude rectificarle que el Cucalambé era indio sólo en rimas. Pero no me dio tiempo. «¿Te conté el cuento de mi hermano?», dijo con lo que me pareció una débil esperanza. No lo había contado. No a mí. No todavía. El editor había esperado demasiado por mi respuesta porque me dijo abrupto: «Es un jefazo hoy día. Pero hubo un tiempo en que era más pobre que yo ahora. Era de veras miserable».

La tensión se hacía más palpable que el calor en la oficinita de *El Nuevo Herald*, como pomposamente se hacía lla-

mar el periódico. Era para preguntarse y después morir de risa cómo sería *El Viejo Herald*. Dejé de mirar al taller obsoleto a través de la ventana de cristales ahumados por el polvo para mirar a mi editor. En su silla vi sentados los restos mortales de un hombre que no era nadie. Menos que eso: no era nada. El calor se había transformado para él en una corriente fría estacionaria. Se miró al interior de su camisa desde arriba. «Debe ser mi camiseta», explicó: «hecha helada por el sudor. Soy el aire acondicionado de mí mismo». Enseguida dijo: «Mi hermano no fue siempre un jefe ni un canalla. Era un poeta y un hombre admirable. Pero el peor amor acabó con ese hombre y devolvió a sus amigos, al mundo (porque había en él madera de líder) una especie de cadáver que anda suelto. Vísceras que caminan, piltrafas animadas». Volvió a temblar a pesar del calor. No de frío sino de escalofríos que no tenían nada que ver ni con el tiempo ni con su estado de ánimo. «¿Qué hizo para transformarse en su sombra? Te lo voy a decir. Se suicidó.» Hizo una leve pausa como si hubiera apurado un vaso de añejo. Luego añadió: «Pero quedó vivo».

VII

En mi oficio no debería haber tiranos a pesar de las galeras. Pero había una tiranía abstracta hecha concreta: fabricar un periódico con un límite de tiempo. Una noche de sábado después del cierre y cuando la obsoleta rotativa que debía ser contemporánea de Mergenthaler, inventor del linotipo, estaba imprimiendo «el único diario de Oriente que se edita en Occidente», que era el último refugio de mi editor, confió en mí. Como los del periódico, sus días estaban contados. Ahora, cuando todo lo que sabía de su futuro era que el periódico se cerraba una de estas noches para no abrirse más, pudo secarse el sudor de la cara con un pañuelo mugriento, ponerse el saco sucio sobre la camisa empapada por el calor que alegaba que yo no sentía, y levantarse para invitarme a un trago en el bar de la esquina porque su botella habitual estaba vacía.

Después de muchos brindis por la suerte del periódico, no sólo el del domingo, mañana, sino el diario de todos los días, porque el *Herald* daba tumbos en un mar de tinta y estaba condenado a naufragar. Cada día, cada noche, como ahora era una victoria sobre los elementos contrarios.

De regreso a la redacción, yo daba tumbos, marinero en tierra. Allí había menos calor a pesar del techo bajo que descansaba sobre pilotes como para acentuar que estábamos en el agua o haciendo agua. Pero el editor jamás subía la escalera de caracol que llevaba al entresuelo ni se sentaba en lo que debía ser la dirección y que era para él el castillo de proa hecho para un capitán que nunca abandonará el barco.

Fue allí donde por el día tecleaban las máquinas de escribir (que eran antigüedades valiosas sólo por el año en que se fabricaron) que me relató todo con palabras precisas a pesar de su voz que se podía llamar aguardentosa: pastosa, dura de oír, ronca como de alguien que ha gritado demasiadas órdenes dadas a oídos sordos: una sirena de niebla.

Era la extraña historia de su hermano, el poeta deseoso de gloria literaria que se había convertido en un periodista poderoso y ambicioso de mayor poder aún: un poder político en desenfreno. Con su columna (cuyo formato había inventado mi editor) se creía él, creía el columnista, que podía poner y quitar no reyes sino algo más cercano y creíble: presidentes. Sobre todo presidentes electos, porque si algo odiaba el columnista, el jefe ahora, era la democracia. La odiaba más que se odiaba a sí mismo. El editor, su hermano carnal, me explicó por qué tanto odio derramado por el periodista que fue poeta que fue suicida. Esa historia queda atrás. Es su final lo que debo contar ahora.

El futuro jefe sabía nadar pero nunca había nadado mar afuera. Allí donde la profundidad tira hacia abajo todo lo que está en la superficie y no sea un bote, un barco, una balsa: es el veril donde parece terminar la tierra. Esa marea estigia es una fuerza poderosa. De pronto el jefe se dio cuenta de que iba a morir en el fracaso: no habría futuro para él. El pacto suicida había salido horriblemente mal. Habría dos muertos pero la voluntad de suicidio se dispersaría en el mar. Ahora, a punto de

ahogarse, no pensaba en pactos suicidas sino en salvarse, ser rescatado del mar por la providencia divina o por el azar. Se hundió otra vez, dio manotazos y volvió a la superficie. Era la tercera vez. En el esfuerzo había tragado agua y, lo que es peor, había agotado sus fuerzas. Se ahogaba. De pronto una fuerza diferente lo levantó y sacó del agua (eran los brazos fuertes de un hombre que no veía) para ponerlo en la cubierta de lo que parecía una lancha. ¿Era Caronte después de todo? Cuando entre vómitos, toses y escupitajos soltó toda el agua que tenía en los pulmones y en el estómago, se sintió libre del mar. ¡Estaba vivo! Y enseñuida supo dónde estaba: el olor inconfundible y la cara del marinero salvador, de los marineros que lo rodeaban riendo, le permitió identificar la nave y su contenido.

No era la *Raquel* que al final de *Moby Dick* viene a salvar a Ismael de las aguas, sino la gabarra lenta que volvía a La Habana después de soltar su carga en el mar. El lanchón de la basura salía cada mañana temprano a arrojar los detritus de la ciudad en la corriente del Golfo, apenas a cuatro nudos de la costa. La corriente era visible desde el Malecón como un costurón morado. El poeta que sería jefe había escrito un soneto al mar visto desde el costurón urbano y había dicho que la corriente del Golfo era malva, como si la oscura masa de agua que corría dentro del mar fuera una margarita. Era ya un mal poeta pero solía decir que la poesía era más que nada una persistencia. Podía hablar de sus poemas mejor que sus poemas mismos y decir con su Maestro que el poema era una estructura romboide. Se atribuía cualidades (es decir, calidades) que nadie más que él veía porque nadie lo leía. Ésa fue una de las razones que lo decidió a dejar la poesía por el periodismo. Los periodistas, descubrió, son más leídos en todas partes que los poetas. Pero no fue la causa mayor. La causa mayor fue su naufragio, que fue como una metáfora moral.

VIII

Después de contarme esta historia de amor, de locura y de muerte, el editor me dijo:

—Moraleja: nunca salves a un hijo de puta que se ahoga.

IX

Hace diez años recibí una extraña visita; era el jefe en persona que venía a conocerme. Había publicado un librito, que me envió. Le escribí agradeciéndole el envío al tiempo que lo elogiaba. Sospecho que había recibido muy pocos elogios de sus pocos lectores. Tenía, me dijo, curiosidad por conocerme. No sabía que la curiosidad era mutua. Ahí estaba en mi estudio sentado en el sofá de los visitantes y mientras hablaba (no dejó de hacerlo) pensaba yo en su hermano. No se parecían. Era bajo y más bien rechoncho y casi calvo, llevaba un bigote. Mientras le oía hablar de su tema favorito (él mismo) casi estuve tentado de preguntarle por su aventura suicida en alta mar. No lo hice, por supuesto: hubiera sido una descortesía violenta con un visitante que me elogiaba sin medida.

Pero mientras hablaba no dejaba de pensar en su hermano. En un descanso de su conversación o más bien monólogo, le pregunté por el que había sido mi maestro editor. Me dijo que había muerto en Cuba. Lo que no me extrañó dado su consumo de alcohol. Pero sorprendí al otrora jefe (ahora era un humilde adjunto de una cátedra de literatura en una universidad que no recuerdo) diciéndole que había trabajado con su hermano de joven: fui corrector de pruebas en su último periódico. «Fuimos muy amigos», le dije. Se le vio vagamente incómodo, pero me pareció que no era a causa de su hermano muerto, sino que yo había tomado el centro de la conversación.

X

El hombre que fue jefe volvió a la superficie en Miami, el centro universal del exilio. Pero ya no es un exilado como era cuando me visitó. En otro salto mortal viaja a Cuba y se abraza al Máximo Líder que le dice sin ironía: «Chico, los

grandes periodistas nunca mueren». Sólo se suicidan, digo yo, más de una vez. El futuro jefe rescatado de las aguas se presenta en Miami como un corajudo verbal y declara: «Yo no me vendo, yo me alquilo». Este alquilón se cree, créanlo o no, una fuerza moral. Pero pocos cubanos que conozco tienen, o publican, una idea tan errónea de sí mismos. Había que haberlo visto en el patio de su casa de lo que se llama La Sagüetera y para él el centro de la gusanera ofreciendo máximas morales como si fuera un Sócrates que ha hurtado el cuerpo a la cicuta y no le debe ya un gallo a Esculapio. Sus visitantes lo oyen desgranar perlas políticas pero el otrora jefe no sabe que ellos saben la historia obscena de su vida y acogen sus aforismos con un gran grano de sal marina. El jefe es rencoroso y amargado y se dedica a la difamación. Pero ¿no será que desde entonces, desde aquella tarde en que fue salvado de las aguas por el lanchón de la basura, cumple cadena perpetua por asesinato en la cárcel que es su cuerpo?

La soprano vienesa

El fonógrafo siempre distorsionará la voz de soprano.

THOMAS ALVA EDISON

I

Creo que llegó la hora de contar el cuento del escultor húngaro sobre la soprano vienesa.

El escultor se llama (o se llamaba: no sé decir) Carol Tobir, pero éste no era (es) su nombre verdadero, ya que su verdadero nombre (Tibor Karolyi) le dio bastantes dolores de cabeza con las bromas que la sola mención del mismo desencadenaba como reflejos verbales condicionados. Un ligero cambio en las sílabas, un trueque en la ordenación de nombre y apellido (cosa que importa bien poco a los húngaros, ya que nunca se ha sabido si Lajos Zilahy se llamaba en realidad Zilahy Lajos) y el maestro Tobir pudo vivir en paz: ya no recordó más en su apellido que era pariente del primer presidente húngaro (Michel Karolyi o Karolyi Michel), pero tampoco ningún otro cubano volvió a defecar metáforas dentro de su nombre. (Tibor en Cuba no es «un vaso grande de barro decorado exteriormente» sino algo más íntimo: un orinal.)

Carol era un hombre grande y aquí quiero decir que era tan alto como gordo y tenía un tipo que solamente su acento extranjero y cierta aura europea evitaba que fuera un mulato lavado ejemplar o un ejemplar de mulato lavado. Se parecía ya bastante a Dan Seymour, el actor, cuando decidió acentuar el parecido (después de ver *Tener y no tener*) echándose una boina negra sobre la cabeza que comenzaba a calvear.

Sus amigos ven aquí la razón profunda para calarse el *beret*, como él decía, más que la frivolidad de seguir a Dan Seymour, después de todo un actor bastante oscuro. Si ustedes no recuerdan a Dan Seymour es porque está olvidado. Pe-